

EL SABOR DE LAS PALABRAS

El Numerófilo morirá, aburrido de la búsqueda contable, sin haber encontrado en ninguno de los crucigramas de su vida la fecha en que quedaron gastadas las palabras. Cuándo dejaron de transitar por puentes para recluirse en cárceles, condenadas a no decir. Si fue verdad que se callaron, aunque creyó seguir oyéndolas.

Instalados con él, amodorrados en el mismo prostíbulo ruidoso y pestilente, en vano esperaríamos a que el enésimo bufón maquillado ocupase las pantallas para contarnos la futura noticia de la reactivación del lenguaje de los seres humanos. Provocarán nuestro vómito con la retórica de los grandes eventos patrióticos, como que un Consejo de Moscas con corbatas negras otorgó la Gran Medalla de Sangre a un pelele por haber acuchillado a diez mil toros, pero nos ocultarán la información más esencial: la física cuántica terminará por demostrar, del mismo modo que lo ha hecho para los neutrinos, que las palabras, de masa inapreciable y aparente inercia, poseen la facultad de oscilar sobre sí mismas, alternando sus estados en permanente transformación.

Oír con los ojos. Las palabras resuenan y susurran. Leer como andar descalzo. Palabras frías como el mármol, cosquilleantes como la arena. El sabor de las palabras. Ácidas, agrias. Golpes y caricias. Aire, líquidos pesados.

Los niños más desgraciados del mundo, aquellos que crecieron sin abuelos que les contasen historias, conocen bien la difícil necesidad de alimentarse de estas formas extrañas hasta entender su fuerza mágica. Pero, sobre todo, saben que nos pertenece a cada uno el secreto del aprendizaje del escuchar, de igual modo que el placer de la percepción. Nadie lo sentirá por Ti. No te van a avisar de la obligatoriedad de llenar los imperativos vacíos.

Alguien a mi lado me enseña una imagen, el manuscrito de una de las páginas más referidas de la historia. Una tostada con miel que pasó a ser galleta seca y finalmente asumió el aspecto de esponjosa magdalena. Líneas de tinta sobrescrita, desprovistas del color del té, que desde ese momento de la creación adquiriría para siempre... Mil correcciones para afinar un sabor en la memoria ficticia, construcción de una escena para mil citas y notas al pie. Pero según las reglas del juego, este dulce, aún en boca de todos, sólo tú puedes tomarlo.

Por eso ahora ya puedes tirar este libro. Si lo haces con cuidado, nadie se enterará. Si, por el contrario, el objetivo es llamar la atención, seguro que se te ocurren muchas maneras de hacer ruido, fuego o excrementos con él. No te has creído lo de la física de partículas, o no has movido un milímetro tu convencimiento de la comunicación política más allá de Orwell. ¿Para qué seguir en esta fiesta de los maniqués que llamamos literatura? Aunque también existe la otra opción de experimentarlo. Probar a rozar los pliegues ásperos y saborear las aristas discontinuas de estos relatos. Vamos. Ahora te toca a ti.

*Jesús Marina Barba
En el tren. Diciembre, 2015.*

LA FIESTA DE LOS HUÉRFANOS

Para el poeta, para el filósofo, para el santo, todas las cosas
son amigas y sagradas; todos los hombres, divinos.

(*Ralph W. Emerson*)

Los niños, como Pablos que caían de su caballo, omitieron las órdenes de sus mayores, de sus padres y de sus tutores, de sus sacerdotes y de sus entrenadores de fútbol, y así, y como si hubieran sido abducidas sus consciencias por una entidad superior e incommensurable, abandonaron sus deberes y quehaceres de hijos modélicos, sus catequesis y sus clases de violín, y se fueron a los parques a jugar entre los columpios tal y como algún día, lejano ya, olvidado y sepulto, habían hecho sus propios captores. Sus ojos de vitriolo, de querubes o diablos del futuro, recordaban por momentos a los de sus pares protagonistas de *El Pueblo de los Malditos*, pero por lo general lucía límpida y transparente su mirada, espejo de la franqueza de todos aquellos que no consideraban que estuvieran comportándose de manera ominosa. Para ello, para regalarse a sí mismos aquella irrepetible jornada de asueto y *des-producción*, hubieron de escapar una vez y otra de sus padres y de sus tutores, de sus sacerdotes y de sus entrenadores de fútbol, y en puridad muchos de ellos pasaron más tiempo huyendo que divirtiéndose, habiéndose dado el caso de que algunos infantes —los más tozudos, los que más ansias de libertad encerraban en sus pequeñas

carcasas de carne; los que más tocados estaban de aquella revelación de parvulario que mágicamente había acontecido— escaparon diez y doce veces, y todas las que hicieron falta, hasta que fueron recluidos en los sótanos de las casas o drogados con bromuro o atados como perros de cortijo, como posesos del espíritu de Pazuzu, a las patas de la cama. Padres o no, la mayoría de los adultos, castradores y castrados, vencedores y vencidos, precadáveres que leían periódicos y hablaban a gritos con los políticos que les salían por la tele, creyó ver en aquel sindios una muestra evidente de que se acercaba el final de los días conocidos y se acordó, ¡ah, entonces!, de las vetustas letras de las diferentísimas biblias que hibernaban en los cajones de las buhardillas, junto a la ropa pasada de moda; los adultos utilizarían luego el suceso para reafirmarse en la exacta creencia de que eran necesarias, ahora y siempre pero ahora más que nunca, todas aquellas medidas represivas con las que se intentaba conseguir, y vive Dios que se conseguía, que aquellos pequeños hijos de puta con churretes de nocilla en la boca se convirtieran, andando el tiempo, en conductores de audis y en mujeres fregona.

Algunos habitantes de la ciudad, una minoría de hombres y mujeres considerados mediocres, de los que permanecían callados en las conversaciones sobre fútbol y no hacían aspavientos cuando iban hablando por la calle, de los que apenas levantaban sus miradas en las estrecheces del metro, se asomaron tranquilos y venturosos a sus ventanas a aquella última hora de la tarde. Sonreían afablemente. A poco que aguzaban un tanto el oído podían escuchar aún las voces de los más rebeldes, nocturnos ya pero todavía en sus juegos.

LUMPEN FUKUSHIMA

Se puede andar con una pistola cargada, se puede andar con una pistola descargada; pero no se puede andar con una pistola que no se sabe si está cargada o descargada.

(Mark Twain)

El camión podría haber transportado cerdos o rosas pero transportaba pobres, fundamentalmente pobres, que iban a limpiar de escoria el reactor. En algún momento del trayecto, en cualquier lugar del vastísimo páramo que atravesaban, con las galvanizadas torres recortadas al fondo y con un cielo que parecía echarse sobre sí una inconmensurable capota de artificiales luminarias, de insanos resplandores, el chófer paró el vehículo, instó al rebaño a que saliera y acto seguido dio rauda la vuelta tal y como si fuese el cochero que abandona en el desfiladero del Borgo a Jonathan Harker. Quedaron esperando en el raso descampado unos cuarenta o cincuenta desgraciados, respirando hondamente *aquello*, disfrutando tal vez la absoluta falta de Estado.